

Nuestro autor repasa con ánimo crítico los hábitos del periodismo mexicano de la actualidad.

La *declaracionitis*, la ausencia de investigación y la falta de rigor son los grandes obstáculos que los periodistas mexicanos deben superar para salir del estado de incredulidad que la misma prensa ha sembrado en sus lectores.

La colaboración de Aguilar Camín –y también la charla con Fernando Savater– inician la publicación de varios textos sobre el oficio periodístico.

Contra la prensa

HÉCTOR AGUILAR CAMÍN

Escritor y periodista. Director de la revista *Nexos*.

La prensa según Tocqueville, 1

Confieso que no siento por la libertad de prensa ese amor completo e instantáneo que se concede a las cosas soberanamente buenas por naturaleza. La quiero por la consideración de los males que evita más que por los bienes que realiza.

La prensa es ese extraordinario poder, tan extrañamente combinado de bienes y males, sin el que la libertad no podría vivir y con el cual el orden apenas puede mantenerse (La democracia en América, cap. III).

La primera vez que oí la palabra *declaracionitis* como un mal crónico del periodismo fue en boca de Manuel Becerra Acosta, durante alguna junta preparatoria del diario **unomásuno**, del que fue director desde que el diario vio la luz, en los últimos meses de 1977, hasta que él mismo ayudó a apagarla unos años después.

Reportar lo que se decía, más que lo que pasaba, era el hábito mayor de la prensa mexicana de la época. Becerra recordaba una y otra vez lo obvio: los dichos no son la realidad, salvo en el sentido de que han sido dichos. El trabajo del periodista no es repetir, sino informar: no copiar dichos, sino investigar hechos.

Quien eche un vistazo a los titulares de los diarios mexicanos de hoy comprobará página por página que la mayor parte de las cosas que lee son declaraciones. Con un agravante: casi han desaparecido los géneros que eran obligación y orgullo el siglo pasado –la crónica y el reportaje.

Los únicos datos duros que hay en la prensa mexicana son los resultados deportivos, decía el gran ideólogo del PAN, Carlos Castillo Peraza. Las páginas económicas han añadido a nuestros diarios los números de la economía, los encuestadores los porcentajes de sus encuestas, los diseñadores gráficos sus siempre agradecibles retratos de barras y pasteles con las cifras fundamentales de algún hecho.

Pero la *declaracionitis* sigue siendo la reina de nuestro diarismo. En ese reino, la grabadora sustituye al reportero, la declaración a la noticia, las palabras a los hechos.

“He vendido muchos libros”, dice el escritor. “El ambiente está bien en los vestidores”, dice el jugador de fútbol. “Los narcos financiaron campañas”, dice el senador. El reportero de cultura no pide constancias de ventas de los libros ni las pregunta a la editorial. El reportero de deportes no interroga a los demás jugadores ni entra al vestuario a ver si están bien las cosas. El reportero político no pide pruebas de su dicho al senador.

Todos graban y se van. Si acaso contrapreguntan en forma crítica, a veces altanera. Se vuelven parte del dicho al impugnarlo, pero no van a verificar el dicho en la realidad. A veces, ni siquiera van a buscar dichos alternativos al que reportan. Son los primeros crédulos de lo que oyen: los esclavos de la declaración. Y nadie les pide sacudirse el yugo.

Los recursos de la prensa escrita pueden ser infinitamente más ricos que eso. Menos inmediatos e impactantes, pero más profundos en su verdad y más duraderos en su influencia, como lo demuestra la lectura de cualquiera de los periódicos concienzudamente escritos que circulan por el mundo.

El contagio de la brevedad

La influencia de los medios electrónicos ha sido devastadora para la prensa escrita. Los diarios buscan la brevedad característica de las notas de radio y televisión, repudiando la extensión, a veces farragosa, de la noticia escrita.

Hemos tirado el agua sucia del farrago junto con el bebé de la buena escritura periodística. Hemos renunciado, en cierto modo, a la ventaja específica del periodismo escrito, que es escribir, y a la delicia adulta del lector de noticias, que es leer.

No hay nada tan hipnótico, formativo y noticioso como un diario bien escrito, rebosante de hechos claros, contextos claros y fuentes múltiples, en notas apretadas, enemigas del farrago, donde las declaraciones son parte de la información, no el sustituto de ella, donde la grabadora no usurpa al reportero, ni las palabras interesadas del declarante a la realidad.

El periodista que escribe debe dar a sus notas la extensión que requiere la información. No hay notas largas o breves, hay información pobre que no merece registrarse con amplitud e información rica que no puede abreviarse sin mutilar. Y hay las grandes historias cotidianas que requieren ser contadas a fondo, con riqueza de detalles y diversidad de fuentes.

El periodismo escrito inventó su hilo negro hace mucho tiempo. Debe responder con precisión a las preguntas fundamentales del oficio: qué, quién, dónde, cuándo, cómo y por qué sucedieron las cosas, y quién da fe de ellas.

La mayor parte de las notas diarias que pueden leerse en la prensa mexicana no cubren estos re-

quisitos elementales. Menos todavía el de la necesaria diversidad de las fuentes de lo narrado, base de la reconstrucción profesional de los hechos.

A una distancia todavía mayor queda la posibilidad de hallar en una nota su contexto, es decir, que la nota contenga su propia explicación y el lector pueda entenderla aunque no sepa nada previamente de ella.

La tiranía de la brevedad importada de los medios electrónicos, aleja al redactor del sólido y probado canon del periodismo escrito. Lo vuelve un reportador de notas simples, para cuya contextualización nunca hay espacio en el único lugar donde puede haberlo, en el periodismo escrito.

¿Por qué sólo ahí? Porque leer lleva menos tiempo que oír o ver, y el tiempo en radio y televisión es infinitamente más caro que el tiempo en las páginas de papel o de internet. El periodismo escrito es pariente de dos de las más altas actividades inteligentes y sensuales del hombre que son leer y escribir. Los diarios parecen haberlo olvidado.

Tiranía de “la nota”

“La nota” es la crema de la noticia, aquello que va a los titulares de los diarios y se pone en las primeras líneas o las primeras palabras o las primeras imágenes de la información.

“La nota” por antonomasia es que un hombre mordió a un perro (no que un perro mordió a un hombre pues esto, salvo que se trate de algo particularmente raro o salvaje, no tiene novedad). “La nota” es la pimienta de la información, es aquello inusual que detona el proceso informativo por su carácter extraordinario, propiamente noticioso.

Pero la nota no es la información, es, con suerte, la noticia. La información supone un proceso de escrutinio y explicación de la nota, una puesta en contexto, una revelación de sus resortes y razones, una penetración del conocimiento en aquello que llama nuestra atención.

La noticia de que un hombre mordió a un perro es curiosa, inusual, y por lo mismo noticiosa. La historia del hombre que muerde a un perro y sus razones es la información que requerimos para entender lo que está detrás de la extravagancia.

El buen periodismo procesa, digiere y transmite información de valor, no sólo lo que se le cruza en



el camino. Se constituye en un verdadero bien público porque mantiene alerta y hace más inteligente a su sociedad siendo capaz de explicar y darle sentido a la noticia, es decir, siendo capaz de salirse de la inmediatez de “la nota”.

Nuestros medios suelen rendirse al inmediatismo de la nota sin aportar los valores de la información. Y entre más se rinden a la inmediatez de la nota, menos exigentes son con ella. Acaban con frecuencia en el facilismo de la nota.

La nota basura

El imperio de la nota tiende a separar a nuestros medios de la tarea de informar. El reportero acude al acto, observa rutinariamente lo que sucede, apenas hace caso de lo que oye, salvo que el orador trastabille o se equivoque o alguien lo increpe o le silbe dentro de la sala.

En ese momento está cumplida su tarea, tiene la nota. Y si el que trastabilló o al que le silbaron es el presidente, lo acaricia la gloria: es posible que tenga “la de ocho” (la nota de ocho columnas, la principal del día siguiente).

Trasládese el lector a este peculiar estado de alerta ante lo incordiante, lo bufo, lo ridículo, lo monstruoso o lo desfachatado, y tendrá la prioridad de una abrumadora mayoría de reporteros, fotógrafos y comentaristas que cubren algo.

No inventan lo que ven, pero lo registran sesgada y desequilibradamente. Las redacciones de periódicos y noticieros premian luego esa elección estrábica, noticiosa sin duda, la publican en buen lugar y confirman al periodista en su decisión profesional de haber consignado el despropósito más que la información, la estridencia, más que la verdad de lo que tuvo frente a él.

La verdad es una señora complicada que no se entrega con facilidad al escrutinio de nadie. Pero la verdad periodística, la verdad que se espera de aquellos que fungen como nuestros ojos y nuestros oídos en los lugares donde no podemos estar, no es esa fortaleza impenetrable de los filósofos, sino una señora que se conforma con ser reflejada razonablemente, con fuentes y palabras precisas, con un equilibrio eficaz entre lo importante y lo anecdótico que sucede a su paso.

Lejos de mí la pretensión de echar de los diarios la bufonería, la disonancia, lo estúpido maravilloso o lo vulgar irredento.

Pero a fuerza de tener ojos demasiado entrenados para eso, los acabamos teniendo *sólo para eso*. Terminamos ofreciendo al público, no sólo una versión pobre de la verdad que vemos, sino la más deschavetada, en cierto modo la más irresistible, cuyo manto acaba cubriendo, empapando y emparejando a todos. A fuerza de ver a un par de personajes bufos encarnar la celebridad política en los medios, nuestra vida pública se bufoniza, nuestra observación y nuestro conocimiento de ella se degradan también, como la cabeza de quien sólo lee basura o el paladar de quien sólo come fritangas.

Inteligencia y verdad

En el espíritu crítico que gobierna nuestros medios falta la crítica de los propios medios. Digo medios aquí en su acepción de prensa escrita y electrónica, particularmente en su especialidad informativa y de opinión sobre la vida pública.

La primera pregunta tiene que ver con el carácter de bien público que tienen los medios: ¿están cumpliendo los medios con la tarea de informar a su sociedad, de hacerla una sociedad más inteligente, mejor armada para tomar decisiones?

Sinceramente, no lo creo. Los medios tienden a masajear, alborotar y enardecer a sus audiencias más que a (in)formarlas.

Los procesos y las decisiones fundamentales de la vida pública son desplazados día a día por anécdotas triviales, cuando no vergonzosas; por personajes que debieran suscitar nuestro pudor más que nuestra atención, y por dichos atrabiliarios o improvisados que “hacen la nota” y dispensan a los medios de buscar, ordenar y transmitir la información.

La segunda pregunta, que toca los fundamentos éticos de la profesión periodística, es si los medios están diciendo la verdad, si están siendo espejos fieles de lo que pasa en nuestra vida pública, si el país de la realidad se asemeja al país de los medios.

Es una cuestión de grado, desde luego, pero la respuesta, a mi juicio, vuelve a ser no. Verdades fundamentales del mundo real simplemente no existen en el país de los medios.

a

Ejemplifico con el tema de la violencia en México. Cada uno de los muertos que los medios nos han mostrado estos años es verdadero, nadie los ha inventado.

Pero la imagen que proyectan esos muertos ciertos, la imagen de un país envuelto en una espiral homicida, más violento que nunca, más peligroso que Irak o Colombia, esa imagen es falsa, corresponde sólo a unas cuantas ciudades, minoritarias en la realidad pero privilegiadas por los medios en su difusión de "la nota".

Como ha probado Fernando Escalante Gonzalbo (*Nexos*, septiembre de 2009) los homicidios en México no han hecho sino descender de 1990 a la fecha. Nuestros medios sugieren abrumadoramente otra cosa. Faltan abrumadoramente a la verdad.

Guerra y paz

Lo mismo puede decirse de la impresión de un mundo en guerra que transmite la prensa mundial. Quienes miden la guerra en el mundo dan cifras precisas: la guerra ha disminuido en todos los órdenes. Si se mide todo lo medible (número de conflictos, número de muertos, número de soldados en combate, gastos bélicos) la disminución es extraordinaria.

Según el Center for International Development and Conflict Management, de la Universidad de Maryland, que se dedica a medir los conflictos bélicos, la magnitud global de la guerra es 60% menor que en 1980.

La serie Peace and Conflict de esa universidad muestra que en el año 2004 el estado mundial de la guerra estaba en su nivel más bajo desde 1950.

En un artículo sobre el tema publicado en *The New Republic* ("¿The End of War?", mayo 30, 2005), Greg Easterbrook calculó que el gasto militar per cápita del mundo ha caído en un tercio desde 1985.

Las razones de esta disminución las dio un economista, Julian Simon, a principios de los noventa. Pueden resumirse diciendo que la guerra ya no es el negocio que era. "Hay cada vez menos ganancias económicas en la guerra. Conforme los pueblos se hacen más ricos y más inteligentes, sus vidas y sus conocimientos se vuelven mucho más valiosos que la tierra, los minerales o los recursos naturales por los que antes se acostumbraba ir a la guerra" (Gene

NEW LEFT REVIEW



Desde enero de 2000 Ediciones Akal publica en castellano bimensualmente la *NLR*. Considerada una de las publicaciones emblemáticas de la izquierda intelectual, la *NLR* ha publicado desde 1960 más de 2.500 artículos de escritores y teóricos de gran nivel, ofreciendo una crítica internacionalista sobre política mundial y economía global; organización del Estado y movimientos de protesta; historia, filosofía y teoría social y política; cine y literatura; y arte y estética.

El comité editorial está formado por Tariq Ali, Perry Anderson, Gopal Balakrishnan, Emilie Bickerton, Robin Blackburn, Robert Brenner, Malcolm Bull, Alexander Cockburn, Mike Davis, Tom Mertes, Francis Mulhern, Julian Stallabrass, Jacob Stevens, Susan Watkins, Tony Wood y JoAnn Wypijewski.

«El buque insignia de la izquierda occidental»

The Guardian

«Perspectiva realmente amplia, sólido carácter informativo, amena»

Times Literary Supplement

«Brillante, con independencia de cuál sea la orientación política del lector. Merece la pena leerla»

The Economist



www.akal.com
www.newleftreview.org

EDICIONES AKAL, S. A.
Sector Foresta, 1
28760 Tres Cantos
Madrid
ESPAÑA
Tel.: [34] 918 061 996
Fax: [34] 918 034 202

EDICIONES AKAL MÉXICO S. A. DE C. U.
Odontología, 1, 1.º B
Colonia Copilco Universidad
Delegación Coyoacán
04360, México, D.F.
Tel.: [55] 5019 0448
Fax: [55] 5658 8426



Tierny: "Give Peace a Chance", *The New York Times*, 28 de mayo 2005).

La respuesta maniaca de Washington al 11 de septiembre cubrió a la opinión pública mundial con el fantasma y la realidad de la guerra. Nunca hemos hablado más sobre la guerra ni parecido estar más en ella, que luego del 11 de septiembre. Pero la verdad es que nunca ha habido menos guerra en el mundo que en los últimos años.

La guerra es evitable, la paz improbable decía Kant, sugiriendo el hecho terrible, específicamente humano, de que entre los individuos, como entre las naciones, la violencia ha estado, y estará siempre, entre nosotros. También la paz. El planeta cruza por el mayor periodo de paz relativa del último siglo.

Desde el punto de vista de la guerra, vivimos en un mundo mejor que hace veinticinco, que hace cincuenta y que hace setenta y cinco años, no importa lo que digan los periódicos.

Del rigor en las fuentes

La falta de rigor en el uso de las fuentes de información es el socio mayor de la pereza y de la insolvencia profesional del periodista. Es la debilidad mayor que corroe, desde sus mismas entrañas artesanales, a la prensa escrita de México.

Reporteros y redactores, para no hablar de opinadores y columnistas, honran poco y mal el componente fundamental del oficio periodístico que es sustentar los hechos que se narran o se juzgan en fuentes diversas, confiables y transparentes.

Nuestros diarios están llenos de noticias de fuente escasa o dudosa, con frecuencia inexistente. Los periodistas han asumido en los últimos años la funesta convicción adicional de que es su derecho reservarse las fuentes cuando lo juzgan necesario.

Es verdad que bajo el compromiso de no revelar las fuentes pueden obtenerse confidencias de asuntos difíciles o fascinantes, inaccesibles de otro modo. Pero la profesión que hemos escogido los periodistas no es la de contar cosas cuya fuente, cuya veracidad fundamental, no puede acreditarse ante el público, sino la de hacer públicos los hechos que atañen a todos con el rigor y transparencia característicos del periodismo verdadero.

El periodismo es un juego de cartas abiertas sobre la mesa. Es decir, un juego de fuentes citables. La información es tan buena o tan mala como sus fuentes. Ahorrarse las fuentes es ahorrarse el sentido mismo del oficio periodístico.

Hechos sin fuentes son sombras de hechos, materia opinable que el lector puede o no creer. "He vendido muchos libros", dice el autor de libros. "Dice que vende muchos libros", repite el periodista en su nota, pero no investiga cuántos. "Dicen que vende muchos libros, pero quién sabe cuántos venderá", concluye el lector.

Esta operación precautoria, repetida millones de veces en millones de lectores ante millones de notas, es el origen de la incredulidad en que puede naufragar la lectura de periódicos. Los hechos sin fuente se vuelven materia caprichosa, asunto de opinión o de fe, mecanismo frecuente en nuestra vida pública.

Si pudiera corregir una sola de las debilidades de nuestra prensa escrita, yo escogería la falta de rigor de sus fuentes. Fuentes claras y confiables en todos los géneros del periodismo escrito, impondrían su fuerza de verdad a los hechos y nos permitirían empezar a nadar con rumbo claro en el mar de incredulidades que la prensa ha sembrado en sus lectores.

La prensa según Tocqueville, 2

En ciertas naciones que se pretenden libres, todos los agentes del poder pueden violar impunemente la ley sin que la Constitución del país dé a los oprimidos el derecho de quejarse ante la justicia. En esos pueblos no es preciso considerar ya la libertad de prensa como una de las garantías, sino como la única garantía que queda de la libertad y la seguridad de los ciudadanos.

Cuando se concede a cada uno el derecho a gobernar la sociedad, es preciso reconocerle la capacidad de elegir entre las distintas opiniones que mueven a sus contemporáneos y de apreciar los distintos hechos cuyo conocimiento puede guiarle. La soberanía del pueblo y la libertad de prensa son dos cosas enteramente correlativas (La democracia en América, cap. III).